

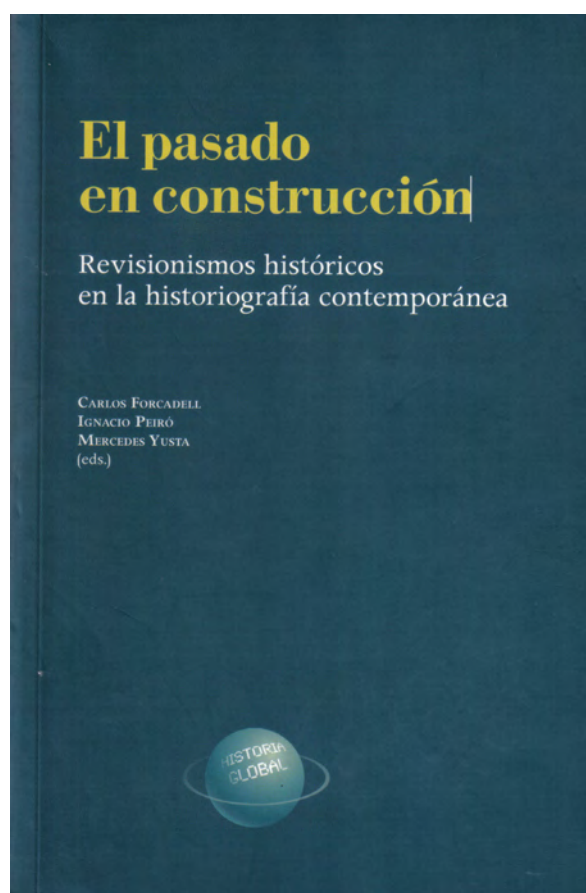
El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea, de C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.)*

José Gómez Alén
Sección de Historia FIM

En el segundo lustro de los años noventa del pasado siglo, coincidiendo con una etapa de gobierno conservador, emergió un movimiento revisionista que recuperaba una visión heredada de la propaganda franquista de la posguerra argumentada por la oficialidad historiográfica durante los años cincuenta y sesenta. Se trata del retorno a un discurso justificador del golpe de 1936 que responsabiliza del «necesario» levantamiento militar y de la Guerra Civil al desastre político, social y económico de la II República, al tiempo que equipara la represión franquista entre 1936 y 1939 con la que se había ejercido en el campo republicano y minimiza al máximo la represión de la dictadura, convertida por los teóricos del franquismo en un régimen autoritario.

Durante el periodo entre siglos, la respuesta de los historiadores españoles a los «nuevos» revisionismos fue tenue, apenas si fueron merecedores de ser rebatidos. Solamente a partir del primer lustro del siglo XXI comenzó a percibirse un movimiento más amplio, aunque insuficiente y fraccionado, que combatía las visiones revisionistas. En ese sentido, el cambio polí-

* Carlos Forcadell Álvarez, Mercedes Yusta Rodrigo e Ignacio Peiró Martín (coords.), *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la España Contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015



tico y la aprobación de la llamada Ley de la Memoria Histórica contribuiría, a pesar de sus insuficiencias, a fomentar las investigaciones sobre la represión y a facilitar las actividades de los movimientos por la recuperación de la memoria que trasladaron también a la sociedad el debate y la batalla por la historia y los usos de la memoria. En esa fase creció la nómina de historiadores

que incorporaron a su agenda investigadora la atención a los temas en debate, mientras los «expertos del pasado» encontraban aliados ideológicos en el ámbito universitario, en algún antiguo hispanista e incluso en la Real Academia de la Historia, tal como el controvertido Diccionario Biográfico Español evidenció en varias voces.

El retorno conservador al Gobierno, si bien paralizó los efectos de la Ley de la Memoria, no frenó el movimiento memorialista ni las investigaciones historiográficas que combaten el revisionismo imperante desde la universidad o desde otros ámbitos, como muestran los estudios sobre la represión y las diversas aportaciones sobre la relación entre memoria e historia, los trabajos de exhumación de los asesinados y desaparecidos o la demanda de una comisión de la verdad siguiendo la estela de países como Brasil o Chile.

El libro objeto de este comentario, una muestra más del interés sobre la cuestión, recoge las intervenciones realizadas por historiadores de diferentes países en el contexto de dos encuentros celebrados hace ya algún tiempo pero cuyo contenido no ha perdido actualidad^[1]. En una atinada y combativa introducción, los editores trazan sintéticamente los rasgos de mayor interés de las diferentes aportaciones para terciar en algunas cuestiones como la teoría de la responsabilidad compartida y la equidistancia represora frente al revisionismo hispano que sostiene esa «especie de profesionales paralelos» defensores del negacionismo a la española, que trata de mantener viva la herencia de la dictadura y la coherencia ideológica de los herederos del franquismo movilizados políticamente en torno al PP.

El volumen ofrece una visión global so-

1.- *Batallas por la Historia: los caminos de los revisionismos*, Jaca, 2012 y *Colloque international, cultures politiques en Europe: mémoire, historiographie et révisionismes*, París, 2013

bre los revisionismos en la historia contemporánea con un marcado carácter comparativo que le da coherencia interna al análisis y a las propuestas defendidas por sus autores. En un primer bloque el profesor de Filosofía Aviezer Tucker defiende la necesidad de una revisión historiográfica constante ante el hallazgo de nuevas pruebas documentales o nuevas teorías y métodos de trabajo que conducen a nuevas hipótesis de investigación y nuevos resultados. El autor considera ilegítima la historiografía que se asienta en valores terapéuticos porque difumina la distinción entre ficción y conocimiento para debilitar la frontera entre verdad histórica y falsedad y defiende una historiografía revisada sostenida en un sistema de valores científicos cognitivos con la mirada puesta en la verdad.

La historiadora del feminismo, Christine Bard parte también de una diferenciación entre revisionismo y revisión para analizar la relación entre memoria, historia del feminismo y lucha política desde el caso francés. Entra en cuestiones generales sobre el origen de esa historia; lamenta los escasos debates sobre feminismo en la izquierda política; analiza el revisionismo interno y apenas hace una mínima referencia al tema de la feminización de la lengua para centrar su interés en el combate por la visualización de la mujer en la sociedad ejemplificado en el Panteón de los «Grandes Hombres» y en el callejero urbano, para concluir que la lucha feminista no puede separarse de la lucha por los derechos humanos y otras luchas sociales.

En este bloque Pedro Ruiz transita por el origen de los movimientos de recuperación de la memoria y el surgimiento de un revisionismo de derechas que descarga sobre la II República la responsabilidad de la Guerra Civil y entiende que ese revisionismo fue recibido con «displicencia» por los historiadores profesionales que, sin embargo, se

enzarzarón en un intenso debate cuando los movimientos memorialistas cuestionaron el «relato oficial» sobre la Transición y el papel de la Ley de Amnistía entendida como una ley de punto final. Entre los que critican el relato «oficial» y la política del olvido iniciada con la Transición menciona a Francisco Espinosa quien responsabiliza a los sucesivos gobiernos del abandono del patrimonio documental y de las dificultades para acceder a las fuentes documentales imprescindibles para investigar la política represiva de la dictadura; además responsabiliza a la historiografía académica por su escaso interés en el estudio de la represión lo que, en su opinión, contribuyó a mantener la política del olvido que favorece la idea de la equidistancia de responsabilidades entre el legítimo gobierno de la República y los que apoyaron el golpe militar^[2]. De otro lado sitúa a Santos Juliá que rechaza la revisión de la etapa de la Transición o a Fernando del Rey y otros revisionistas neoconservadores que se posicionan en una línea equidistante entre lo que consideran una historia frente populista y una historia neofranquista. Estos contraponen la historia a la memoria y defienden la posibilidad de una historia académica liberada de batallas «absurdas». Por las páginas del texto pasan las referencias a otros historiadores para tratar la relación entre memoria e historia, sus fines y su uso público y la ideología del revisionismo contextualizada en el actual debate sobre la memoria histórica en España. Pedro Ruiz diferencia entre revisiones y revisionismo para finalizar terciando en el debate y defender una historia alejada tanto de la imparcialidad reclamada por unos como de la memoria de buenos y malos que percibe en otros. Concluye re-

2.-Una posición similar defiende Francisco Erice, autor de diversas aportaciones al tema y del libro *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Eikasía, Oviedo, 2009.

chazando «la postura de los historiadores que contraponen la historia a las memorias y el conocimiento a los usos sociales y políticos del pasado» y apuesta por una historia diferente de la memoria y una memoria que contribuya «al conocimiento de la complejidad del hecho histórico y a la búsqueda de la verdad».

El punto final del bloque lo pone Massimo Mastrogregori para ofrecernos algunos rasgos de la biografía de Marc Bloch e indagar en la relación del historiador con la acción política, advirtiendo de las dificultades que implica la insuficiencia de fuentes documentales disponibles para enfrentarse a esa tarea. Mastrogregori repasa el origen de la actividad política de Bloch y su compromiso frente al nazismo en la Francia fragmentada entre el colaboracionismo y la resistencia en la que finalmente se integraría. Se refiere a las responsabilidades que asume deteniéndose en algunos aspectos del Bloch crítico de la obra de sus colegas en la búsqueda de elementos explicativos que puedan clarificar la experiencia política del historiador francés finalmente asesinado por los nazis.

Bajo el título «El revisionismo histórico en la historiografía internacional», ocho historiadores nos introducen en algunas de las cuestiones a debate en el revisionismo internacional. La austríaca Brigitte Bailer traza los rasgos generales de la tradición negacionista originada a finales de los años cuarenta en Austria y Alemania relacionada con la ultraderecha política, como un revisionismo que alcanzó su apogeo en los años setenta con todo tipo de documentos y testimonios exculpatorios que rechazaban el Holocausto, las cámaras de gas y los asesinatos. Por su parte Michal Kopecek, desde la referencia al modelo del revisionismo conservador seguido en Polonia, nos ofrece los rasgos del caso checo. Desde 1990 y frente a la historia oficial dominante

en la etapa comunista se inició un proceso revisionista dedicado a rechazar el pasado y legitimar el nuevo orden democrático, exculpando de responsabilidades a sus elites políticas y a sus ciudadanos. Se trata de construir una nueva Historia Nacional y de rehabilitar aspectos anteriormente eliminados o distorsionados. Ese revisionismo, dirigido por el Estado desde el Instituto de Memoria Nacional, da forma a una interpretación unificada de la etapa comunista como parte de la batalla política contra el peligro que supone la presencia de un sentimiento nostálgico de ese pasado, detectable hoy en algunas capas sociales de un país donde el Partido Comunista sobrevive con un sustancial apoyo electoral^[3].

El caso de Francia es tratado por Gilles Vergnon y Olivier Forlin en unas aportaciones que entran en el tema del colaboracionismo y el antifascismo y la incidencia que tiene en ese debate el anticomunismo de la historiografía liberal francesa. El negacio-

nismo francés se relaciona con el alza del neofascismo del Front Nacional, que ha ido moderando su discurso a la par que avanzaba su influencia ideológica y su peso electoral. Vergnon se refiere sintéticamente al debate sobre el antifascismo relanzado en Francia en la década de los noventa desde la posición de Vidal-Naquet a la de Furet con incursiones en Hobsbawm y en Giuliano Procacci. Mientras que Forlin analiza en la obra del israelí Zeev Sternhell el uso político del término fascismo para indagar en sus orígenes y determinar su naturaleza. Sternhell ve en el siglo XIX el origen de la extrema derecha que apuesta por el nacionalismo, el racismo y el antiparlamentarismo para en «Ni droite ni gauche» establecer los lazos de la confluencia entre extrema izquierda y extrema derecha y explicar el régimen de Vichy «aceptado por una mayoría de franceses». Esas ideas y la polémica que generaron fueron instrumentalizadas por la extrema derecha para su emergencia política y Forlin encuentra en ellas los argumentos para establecer un paralelismo con Italia donde el debate sobre el fascismo trataba de legitimar el acceso al poder de la derecha berlusconiana.

Por su parte Xavier Tabet y Antonio Bechelloni tratan el revisionismo italiano, que cuenta también con su correspondiente cuota de periodistas y escritores para edulcorar el pasado fascista y difundir un mensaje exculpador que recupera la memoria de los vencidos con la mirada política en el presente. Tabet lo hace a través de la obra del periodista Giampaolo Pansa quien se mueve entre la ficción y la historia para articular un discurso revisionista y neofascista, mientras Bechelloni, partiendo del debate que originó en su momento el libro de Renzo de Felice «Rosso e Nero», se centra en el origen y la caída del fascismo a través de la controversia que mantienen sobre sus respectivas obras y visiones contrapuestas

3.-Kristen Ghodsee, que en los últimos años ha realizado aportaciones de gran interés al tema, sitúa esa guerra por la memoria en un escenario dominado por las consecuencias sociales y económicas de la crisis actual del capitalismo. Ghodsee pone de manifiesto la existencia de una estrategia global en Europa con la firma de la Declaración de Praga en 2008 y la creación de la Platform of European Memory and Conscience en el 2011 con miembros de 13 países de la Comunidad Europea para desarrollar una política memorialista común que promueva la equiparación del nazismo con el comunismo. Así se exculpa a naciones y personas que colaboraron con la Alemania Nazi al tiempo que se denigra como agentes del estalinismo a los que lucharon en la resistencia. Uno de los objetivos de esa estrategia es frenar la crítica al capitalismo y combatir el auge del sentimiento nostálgico de un pasado que garantizaba seguridad, empleo, sanidad, educación y derechos sociales y que hoy han perdido importantes sectores de esas sociedades. Véase Kristen Ghodsee, «Tale of 'Two Totalitarianism»: The Crisis of Capitalism and the Historical Memory of Communism», en *History of the Present: a Journal of Critical History*, nº 4, 2014 y «Red Nostalgia? Communism, Women's Emancipation and Economic Transformation in Bulgaria» en *L'Homme*, 2004. *Nuestra Historia* publicará en su próximo número un artículo de Kristen Ghodsee sobre estas cuestiones.

el resistente e historiador Claudio Pavone y el antiguo fascista Roberto Vivarelli.

En este bloque Sergio Campos presenta una panorámica comparativa de los casos portugués y español desde una perspectiva histórica que va desde el siglo XIX al XX; y Enrique Fernández Domingo analiza el debate sobre los revisionismos argentino y chileno con las implicaciones que también tiene en estos casos el uso de la Historia en las luchas políticas del presente. En el caso argentino, la creación del Instituto Dorrego impulsado por el kirchnerismo y alentado por no profesionales se decanta por un neorrevisionismo histórico de carácter nacionalista, popular y federalista, frente al que se sitúa una diversidad de historiadores profesionales. En el caso de Chile, el debate sobre el golpe de Pinochet, sus causas y objetivos se reactivó con la detención del dictador en Londres y con la publicación de sus justificaciones que fueron rechazadas en el «Manifiesto de historiadores» que provocó un debate entre estos y el historiador Gonzalo Vidal, uno de los autores del Libro Blanco que justificaba la necesidad del golpe de 1973. Posteriormente, la inauguración en el 2010 del Museo de la Memoria y Derechos Humanos creado con el objetivo de recuperar la memoria de las víctimas de la dictadura atrajo la críticas de los neopinochetistas que se oponen al movimiento por historiar esa memoria y se plantean crear también un Museo de la Verdad que condene al Gobierno de Allende y justifique el golpe de 1973 y la represión pinochetista⁴.

4.-En el combate por la Historia y la memoria en Chile los historiadores encuentran aliados en un activismo social capaz de promover iniciativas como el Parque por la Paz Villa Grimaldi donde se mantiene viva la memoria de los desaparecidos y asesinados, presente también en el pavimento del céntrico barrio París-Londres donde otro centro de tortura de la DINA es un espacio para la memoria. La presión política y social no fue ajena a la Declaración de la Asociación de Magistrados de Chile pidiendo perdón

En la última parte del libro sobre los revisionismos españoles, Ricardo Robledo incide en algunos aspectos que caracterizan la literatura revisionista publicada en la última década sobre el periodo 1931 a 1936 y rechaza la idea de la República excluyente manejada por el revisionismo universitario para realizar un repaso de sus planteamientos generales, incidiendo en la escasa atención que estos revisionistas prestan a las investigaciones de otros historiadores en temas como el origen de la CEDA y su práctica política, que contraponen al comportamiento revolucionario de la izquierda; pone además en cuarentena el tipo de fuentes utilizadas y su parcialidad. Rechaza las conclusiones que convierten a la izquierda en culpable del uso de la violencia; el pretendido desorden de la República o la visión que ofrecen de la reforma agraria y la defensa del régimen de la Restauración convertido por la literatura revisionista en el paradigma de la democracia, si bien reconoce algunos aspectos positivos en los trabajos de Fernando del Rey, al que el autor separa del resto de autores revisionistas.

Alejandro Quiroga desbroza el discurso conservador que niega el carácter democrático a la II República para establecer la equidistancia del periodo 1931 a 1936 con la dictadura franquista. Entiende que el revisionismo neofranquista fue alentado por el Partido Popular desde la segunda legislatura de Aznar y difundido por los medios de comunicación afines y que en la actualidad está siendo sustituido por una historiografía neoconservadora universitaria representada entre otros por Fernando del Rey o Álvarez Tardío, que tachan a los historiadores vinculados a la izquierda y a los movimientos de recuperación de la memoria como frentepopulistas para colocarse en una posición intermedia entre estos y los

por la complicidad de la judicatura con la represión.

reversionismos neofranquistas y argumentar así la idea de una República excluyente que caminaba hacia la revolución social dirigida por el PSOE. Elevan a la CEDA a los altares y reivindican la Restauración como un sistema garante de las libertades. Quiroga se refiere también a lo mal que estos historiadores neoconservadores encajan las críticas negativas sobre sus libros.

El punto final lo pone Miquel Marín Gelabert para repasar los orígenes del revisionismo de 1936 a 1943 como un proceso que desde el Estado reconstruye la comunidad de historiadores con el objetivo de hacer una lectura ideológica del pasado nacional. Ese revisionismo requería la eliminación del modelo profesional anterior; la institucionalización de la censura y la propaganda;

el diseño de los contenidos de una Historia Nacional y la promoción de instrumentos de control ideológico como editoriales y revistas. Por las páginas del texto pasa la historiografía revisionista de la época y los nombres que llevaron adelante el control de las instituciones de investigación; la universidad o la Real Academia de la Historia que definió la Historia oficial en España.

En suma, nos encontramos ante un libro denso y temáticamente poliédrico que aporta luz historiográfica para entender los actuales revisionismos en España y fuera de nuestras fronteras, las grandes cuestiones a debate y la diversidad de propuestas revisionistas en la Historia Contemporánea mediatizadas, en mayor o menor medida, por las batallas políticas del presente.